

MIGUEL DE CERVANTES EN LAS GALERAS DEL REY DE ESPAÑA

Alfredo ALVAR EZQUERRA
Profesor de Investigación
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Miguel de Cervantes fue soldado desde fecha incierta entre 1570 o 1571 hasta 1575 y participó en la batalla de Lepanto.

Esto, dicho así, no es un gran descubrimiento, ni despierta a curiosidad. Es de sobra sabido e incluso, de otra manera, él mismo lo contó.

Ciertamente: porque Miguel de Cervantes tuvo muy presente a lo largo de su vida aquel periodo de su existir. Ser soldado de los tercios le dejó marcado de por vida y no solo físicamente.

Muchas son las alusiones que hizo a la vida militar y están esparcidas por toda su obra, en especial en los capítulos XXXIII a XXXIX de la primera parte del *Quijote*, en el que está inserto el vibrante discurso de las armas y las letras; en *El licenciado Vidriera*; en la novela ejemplar *La fuerza de la sangre*; en la vívida descripción de la compañía militar que hace en el *Coloquio de los perros*; en la exaltación del valor militar en *Quijote* II-XXIV; y así también cuando cita los daños del paso de otra compañía por un pueblo en *Quijote* II-LII, o cuando ridiculiza en qué quedó aquel atractivo «papagayo» con el paso de los años en el *Juez de los divorcios*, y finalmente en el *Persiles y Sigismunda*.

Ahondando en todo esto, recordaré que él hizo varias alusiones a la batalla en *Quijote* I-XLII (1605), en su maravilloso autorretrato del prólogo de las *Novelas ejemplares* (1613); entre los versos 139 a 147 del *Viaje del Parnaso* (1614); en el reivindicativo prólogo de la segunda parte del *Quijote* (1615), y en unos versos de la Epístola a Mateo Vázquez, si es que fue escrita por él.

Extraigamos de lo dicho algunas conclusiones tautológicas: Cervantes no escribió solo el *Quijote*. Sus alusiones a la batalla y sus recuerdos de esta en el ciclo literario final de su vida (1613-1616) son permanentes y reiterados, como por otra parte es lógico pues la llevaba bien claramente estampada en la mano izquierda y en el pecho, amén de en la memoria. Sus escritos sobre la vida moral y física de los soldados son extraordinarios, por su calidad, por sus contenidos, por lo que implican culturalmente.

De biografiar sin documentos a biografiar con documentos

Dichas estas palabras preliminares que nos habrán permitido refrescar la memoria de que Cervantes fue hombre de armas y letras y de letras y de armas, tengo especial interés en deambular por otros sitios en pos de otros escritos.

Lo digo, y quiero obrar así, por no caer en el viejísimo error del gran ilustrado Mayans y Ciscar, que fue el primer biógrafo de Cervantes, pero que escribió su biografía sin documentos.

En efecto, en 1737 editó la primera *Vida de Cervantes Saavedra*. La historia es bastante bien conocida: lord Carteret le encargó que la escribiera. Para entonces no disponía Mayans de documentos de Cervantes a mano. Ni a mano, ni impresos, ni nada. Porque por aquel entonces de 1737 aún ni se había descubierto la partida verdadera de bautismo de Cervantes (la de Alcalá de Henares), ni ninguna otra imaginaria. Tan así es que Mayans imaginó que había nacido en 1549.

Así que, sin documentos, Mayans escribió esa vida de Cervantes usando solo sus escritos. Movido por la curiosidad, que es junto a otros esfuerzos rigoristas con lo que se construye la ciencia, he vuelto a las páginas, o por mejor decir, a los párrafos dedicados por Mayans a la carrera de Cervantes. En el original no le dedicó más que 663 palabras tanto a su vida militar cuanto a la de cautivo. Y dijo así Mayans:

«10. De España pasó a Italia, o bien para servir en Roma al cardenal Acuaviva, de quien fue camarero, o bien para militar, como militó algunos años siguiendo las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia Marco Antonio Colona.

11. Fue uno de los que se hallaron en la célebre batalla de Lepanto, donde perdió la mano izquierda de un arcabuzazo o, a lo menos herida dél, le quedó inhábil. Peleó como debía un tan buen cristiano y soldado tan valiente. De lo cual él mismo se gloria, no sin razón, diciendo muchos años después [Mayans copia unos versos de la Epístola a Mateo Vázquez]...

12. Después, no sé cómo ni cuándo, le apresaron los moros y le llevaron a Argel. De aquí coligen algunos que la Novela del cautivo [Quijote I-XXXIX] es una relación de las cosas de Cervantes. Y por eso añaden que sirvió en Flandes al duque de Alba, que alcanzó a ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara llamado Diego de Urbina, y después, hecho ya capitán de infantería, se halló en la batalla naval yendo con su compañía en la capitana de Juan Andrea... Todo esto y mucho más refiere de sí el cautivo que es el principal sujeto de la dicha Novela [...] Uno de los cautivos que por aquellos tiempos había en Argel, juzgo yo que fue Miguel de Cervantes Saavedra, y tengo para esto una prueba manifiesta en lo que de él dijo el cautivo ...».

A la altura de 1737 lo que se sabía del hombre de carne y hueso que era Cervantes era más bien poco, por no decir que nada y, aun esto, confusamente.

Los enciclopédicos conocimientos de Mayans, así como su ciclópea capacidad de trabajo, quedaban reducidos aquí, en esta biografía, a unas inseguras oraciones disyuntivas, cuando no suposiciones que en cualquier momento

podrían quedar desdichas tan pronto como aparecieran documentos en contrario, o las ratificaran en su lugar: «No sé, ni cuándo, ni cómo, le apresaron los moros»; «coligen algunos»; «juzgo yo», pueden servirnos como botones de muestra.

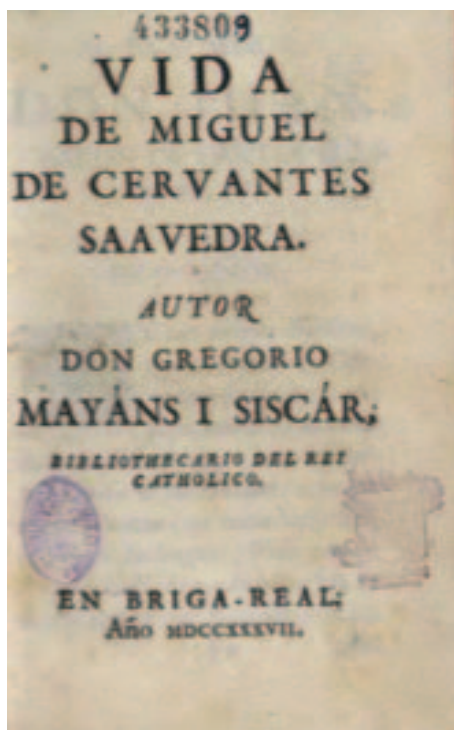
Ahora bien, no vayamos a caer en la tentación de negar todo, de negar que Cervantes volcara sus sentimientos, saberes y emociones en sus escritos. Sería tan disparatado como lo contrario. Durante un tiempo disfruté comparando en el Archivo de Simancas los escritos de Cervantes con informes de los oficiales reales que habían padecido la pérdida de Túnez y La Goleta. El cotejo de esos documentos manuscritos con lo impreso de Cervantes es sorprendente. ¡Cervantes se nos revela aquí también como un gran cronista de su tiempo!

Dice Cervantes: «El año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el

señor don Juan» (*Quijote* I-XXXIX). Escribió Felipe II al cardenal Granvela en ese mismo momento: «Los otros días se os avisó de lo que se había platicado y tratado sobre si sería bien entretener este verano el fuerte de Túnez o desmantelarlo y deshacerle... (1) y, al final, se quedó medio levantado o medio derruido, depende».

Dice Cervantes: «Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado». Escribe el castellano Salazar, alcaide de Túnez, en su descripción oficial mandada a su excelencia (al duque de Terranova, virrey de Sicilia): «Yo me fui después de haber hecho esto al Fuerte a buscar a Grabio Cerbellón para tratar de lo que combenía y se había de hazer Y determinaron defender la ciudad aunque no tenían agua y dentro convivían con más de 15.000 enemigos. Aguantaron, dice, cinco días».

La comparación de estos textos arroja similitudes y coincidencias: todos habían vivido lo mismo, aunque algunos (como el alcaide Salazar) lo habían sufrido en sus propias carnes, herido en una rodilla en la defensa de La Gole-



(1) AGS, Estado, Italia, 1065, 126. El rey a Granvela y a Terranova, desde Madrid, a 31 de junio de 1574.

ta, y otros muchos artilleros de los que apenas sobrevivió ninguno, otras gentes «señaladas», y varios miles de soldados cristianos.

Dice Cervantes que «perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella desierta arena ...».

Cayó La Goleta el 23 de agosto, y Túnez el 13 de septiembre de 1574. Con sendas pérdidas se esfumaron los sueños de muchos: a don Juan de Austria, el de ser rey de Túnez; a los cristianos, el de fijar una frontera marítima desde el reino de Nápoles y Sicilia hasta el norte de África para frenar a los turcos.

La noticia de la rota de ambas plazas la recibió don Juan de Austria en Trápani, en Sicilia, en donde había buscado refugio por las tormentas con la escuadra que llevaba para el socorro de los sitiados. El 7 de agosto había recogido en Spezia el tercio de don García de Mendoza y el de Lope de Figueroa, en el que iba Cervantes, amén de varias coronelías de Milán a las órdenes de los Gonzaga. Desde Spezia puso rumbo al sur, a Nápoles y luego a Palermo, en donde se reunió con don Álvaro de Bazán y con Marcelo Doria. La impaciencia y las ganas de cruzar para acudir al socorro de Túnez y La Goleta le impulsaron a hacerse a la mar, pero, como decía antes, hubo de buscar refugio en Trápani.

Cervantes reflexionó sobre la pérdida de La Goleta, Túnez y Bizerta (abandonada en estas refriegas para acudir con su guarnición a la defensa de la capital del reino): «Pero a muchos les pareció, y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto; como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran». Tal vez así fuera, pero aunque en esas palabras no se aluda explícitamente a las ambiciones de don Juan, desde luego no se comprende un hecho esencial, cual era el de trazar la imaginaria y consistente línea marítima entre los dos imperios y embolsar Argel, para rendirlo más adelante (2).

Volvamos a lo anterior: ¿podría llegar el día en que, junto a aquellas aseveraciones ilustradas dubitativas, pudiéramos situar otras que nos transmitieran verdades irrefutables?

(2) Sobre todo lo anterior, y por extenso, ALVAR EZQUERRA, Alfredo: «Cervantes en el Mediterráneo y su vuelta a España», en *Actas del ciclo de conferencias Don Quijote en el Ateneo. Conmemoración del IV Centenario de El Quijote*, Madrid, 2006, pp. 195-213, y también ÍDEM: «Cervantes contra moros y turcos y su vuelta a casa», en ANATRA, Bruno; GRAZIA MELE, Maria; MURGIA, Giovanni, y SERRELI, Giovanni (dirs.): «*Contra moros y turcos*». *Politiche e sistemi di difesa degli stati della corona di Spagna in età moderna. Convegno Internazionale di Studi (Villasimius-Baunei, 20-24 settembre 2005)*, Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea-CNR, Cagliari-Génova-Turín-Milán, 2008, pp. 49-79.

Podría llegar: sería el día en el que se hallaran documentos. Aunque no todos son objetivos; no todo lo manuscrito contiene verdades irrefutables, por más que muchos se empeñen en no criticar las fuentes.

Y si sin crítica de fuentes hacen «ciencia», imagínense los resultados del conocimiento cuando solo se basan en *whatsapps*, PDFs o la Wikipedia, curioso cómic o enciclopedia (que ya estamos forzados a usar) en la que no se respeta la *auctoritas* del autor, pues los artículos van sin firma.

En 1819 se publicó la primera vida de Cervantes con documentos: la de Martín Fernández de Navarrete, de la que no me ocupó aquí.

Entre 1948 y 1958 don Luis Astrana Marín fue sacando a la luz en la editorial Reus su monumental *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*. En ella se compendian más de mil documentos sobre Cervantes, y no solo. Se trató de la gran y enciclopédica obra documentada sobre Cervantes, en la que, aunque no sobran pocos párrafos, páginas (y todo junto) algún volumen, la verdad es que se envidia al autor y su trabajo. Astrana exprimió al máximo los saberes que corrían por aquel entonces sobre la sociedad y la política, o la crítica literaria del Siglo de Oro. El título de su obra maestra resumía a la perfección el objeto perseguido: *Vida ejemplar y heroica*.

El caso es que entre 1737, de la vida-sin-documentos de Mayans, a 1948-1958, de la vida-con-documentos de Astrana, median dos siglos.

Dos siglos plagados de felices hallazgos, de disparatadas barbaridades y de infinitas interpretaciones esotéricas de Cervantes y su vida, y no digamos del *Quijote*; del Cervantes soldado, o farmacéutico, o botánico, o viajero, o cautivo, o amante de la libertad, o bibliófilo, o humanista, o antihumanista, o mujeriego, o misógino, o estafador, o macarra, o encarnación de todas las virtudes de la bonhomía, o de todo un poco, según cojamos la botella medio llena o medio vacía.

El caso es que de una manera u otra, y desde el último tercio del siglo XVIII, y con especial ahínco en los años finales del siglo, se fueron descubriendo más y más documentos sobre Cervantes, entre otras cosas porque especialmente la Armada destinó a varios oficiales para que, constituidas comisiones de trabajo, fueran exhumando documentos sobre Cervantes en los archivos





más importantes de España, fundamentalmente Simancas e Indias. El proceso, por cierto, corrió en paralelo al hallazgo de escritos sobre Elcano. Eran tiempos en los que la Marina y el Ejército ocuparon los espacios de la ciencia que las caducas universidades eran incapaces de rellenar, ocupadas en estériles debates filosóficos.

Las comisiones cervantinas fueron bastantes. De entre sus miembros hay que destacar a Martín Fernández de Navarrete, que –como acabo de indicar– en 1819 publicó una excelente *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, basada esencialmente en los documentos que se habían ido descubriendo en los últimos cincuenta años.

Pero también debemos recordar a Sanz y Barutell, que en 1805 fue el primero en ser enviado a Simancas a buscar expedientes militares de Cervantes, mientras se hacía lo propio con Elcano o con Cervantes en Indias, en donde estaba de archivero José Agustín Ceán Bermúdez.

Más tarde, entre 1844 y 1856 Juan Aparici García copió hasta 59 volúmenes de documentos sobre el Arma de Ingeniería, casi todos de Simancas, con lo que halló más y más documentos de Cervantes, y así publicó en 1847 una monografía sobre *La batalla de Lepanto...*; y la lista se sigue haciendo extensa, tanto en los individuos que pasaron por Simancas cuanto por los que solicitaron a los archiveros de Simancas que les remitieran copias de documentos.

Comoquiera que de todo ello ya dimos cuenta en la exposición «Este que veis aquí...» Cervantes en Simancas y en los archivos estatales» (octubre de 2016-septiembre de 2017), no voy a detenerme más en ello (3).

Sin embargo, es imprescindible recordar cómo Ceán Bermúdez descubrió en Simancas el expediente militar de Cervantes y cómo, al fin, a principios del siglo XX empezaron a publicarse por Pérez Pastor (entre 1897 y 1902) y por Rodríguez Marín (en 1914 y en sus monumentales ediciones del *Quijote*) grandes recopilaciones documentales.

Aún recientemente se han hallado algunos documentos más de gran interés por toda la España andada por Cervantes.

(3) <https://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/archivos/ags/destacados/2016/4cent-cervantes/4cent-cervantes.html>

La vida marcial en la obra de Cervantes

La historia del «soldado Cervantes» arranca, o arrancarí­a, cuando él dejó la Corte y se encaminó a Roma primero y a Nápoles después.

No me voy a detener en la historia contada hasta ahora: Cervantes da una cuchillada a un alarife real, se dicta orden de caza y captura contra él. Comoquiera que Cervantes aparece en Roma, y que en su día se leyó mal la cédula de paso a favor del cardenal Acquaviva, interpretando que se le expulsaba de Madrid, todo encajaba perfectamente: Cervantes era un prófugo, refugiado en la cámara del cardenal, y como tal prófugo solo la vida de las armas y las letras le pudo reencaminar hacia una vida más atemperada y digna (4).

Lo que el cervantismo no se preguntó nunca es: pero ¿no podría haber habido simultáneamente en España dos Miguel de Cervantes, el uno fugado y el otro joven poeta de los aledaños de don Carlos, a cuya muerte y disolución de su casa se fue a Roma con Acquaviva?

El caso es que aquel joven de veintidós años sintió junto a otros compañeros la necesidad de bajar a Nápoles y enrolarse en los tercios. Muchos oyeron el dulce sonar de pífanos y tambores. Felipe II y don Juan de Austria los necesitaban. Con Pío V y la Signoria de Venecia se estaba negociando la constitución de una nueva Liga Santa (a imitación de la de 1537) que defendiera el Mediterráneo del imparable avance del Turco, que acababa de caer sobre Chipre.

Si tuviéramos por medio ciertas, como vamos a hacer, las palabras de *Quijote* I-XXXIX, y las suscribiéramos a nombre de Cervantes como autobiográficas, serían muy explicativas de lo que ocurrió. E insisto: por esta vez (y no es la única vez) las tengo por recuerdo autobiográfico:

«Súpose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe. Divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía. Todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba» (*Quijote* I-XXXIX).

Así que, movidos los ímpetus, Cervantes bajó a Nápoles, en donde estaba componiéndose una parte de la flota que había de zarpar contra el Turco.

Allí sentó plaza en la compañía de Diego de Urbina, incorporada al tercio de Miguel de Moncada. Parece ser que la compañía era en su mayor parte de veteranos, cuya experiencia servía para el rápido y buen adiestramiento de los bisoños.

(4) Mi opinión sobre lo de la puñalada al alarife, la fuga y demás en «Intercambios culturales tangibles e intangibles: documentos cervantinos de los siglos XVI y XIX redescubiertos, y otras anécdotas», en VARGAS DÍAZ, Aurelio, y LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (eds. lits.): *Congreso Internacional «Cervantes e Portugal: história, arte e literatura»*, Lisboa, 2018. Quien editó el documento del Registro General del Sello de Simancas fue Emilio COTARELO Y MORI: *Efemérides cervantinas o sea, resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1905.

El capitán de una compañía, que estaban formadas por unos 200 hombres, era aquel que había recibido la «conducta» para reclutar jóvenes y maduros en los términos jurisdiccionales de realengo que se le señalaran. La parafernalia de la recluta, del asiento de la plaza, de la puesta en marcha de la tropa que iba recibiendo instrucción por el camino hacia el puerto de embarque, son hechos ya bien conocidos y muy tratados. Las compañías se dirigían desde donde fuera hacia los puertos del Levante, y desde allí normalmente a Sicilia o a Nápoles, para ser reenviados hacia Lombardía (después de la incorporación de Milán) y luego, a su vez, hacia Hungría o la frontera turca, o hacia Flandes, o la frontera religiosa, o hacia donde fuera menester.

Me entretengo relejendo la bellísima historia de Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera, y cómo al poco de salir de Málaga se topó con un capitán de los tercios del rey.

Toda la novela es fascinante, y acaso sublimes las páginas dedicadas a la vida de la soldadesca o a la vida militar. Don Diego de Valdivia, el capitán de la compañía, entusiasmado por «la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería [y que le ofrecía hasta] su bandera, porque su alférez la había de dejar presto».

Y es así como ambos, en esta ocasión, se encaminaron no hacia el sur de Italia, sino hacia Génova:

«Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía».

El estudiante dejó los hábitos de estudiante y se vistió de «papagayo», o hábitos de «Dios es Cristo, como se suele decir». El estudiante, también, se deshizo de sus libros y solo se quedó con unas *Horas de Nuestra Señora* y un *Garcilaso* «sin comentario». Así llegaron a Cartagena:

«Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Rodaja la estraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos; que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova; y, desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente gaudeamus».

En Génova enloqueció Tomás con los vinos de Italia..., y la vida siguió en una maravillosa narración.

El caso es que podríamos imaginar que una compañía hubiera sido formada y se pondría en marcha hacia un puerto. Por el camino, se alojaría en los pueblos, no sin malestar de quienes les hubieran de alojar o, como se cuenta en el *Persiles*:

«Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadrón formado se habían salido al campo, y esperaban si fuesen acometidos del pueblo, dándoles la batalla. Valía poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo [...] la prudencia de los capitanes hizo marchar a sus soldados a otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus límites, a pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenían concebido».

No era muy agradable que una compañía pasara por un pueblo. Bien lo reflejó, en su película *La kermesse héroïque*, Jacques Feyder en 1935. Claro que también habían hablado de ello nuestros literatos de los Siglos de Oro.

Así, uno de los canes en el *Coloquio de los perros*:

«El capitán era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano; el alférez no hacía muchos meses que había dejado la Corte y el tinelo; el sargento era matrero y sagaz y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero. Iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacían algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir a quien no lo merecía. Infelicidad es del buen príncipe ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, a causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor; pues, aunque quiera y lo procure no puede remediar estos daños, porque todas o las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia».

O en el *Quijote II*, donde el paso de una compañía es como el de la langosta:

«Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados; lleváronse de camino tres mozas deste pueblo; no te quiero decir quién son: quizá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas o malas» (*Quijote II-LII*).

El caso es que Cervantes sentó plaza en la compañía de Diego de Urbina, que se fundió en el tercio de Miguel de Moncada.

Por los motivos que fuera, posiblemente por la necesidad de reorganizar las compañías y los tercios, Cervantes pasó de la compañía de Urbina a la de Manuel Ponce de León.

El primer documento que se conserva de Cervantes soldado es, precisamente, el registro de un pago a él efectuado: «A Miguel de Cervantes/ de la compañía del capitán don/ Manuel Ponce de León/ del dicho tercio/ tres escudos» (5). Lo que pasa es que el documento no lleva día, mes, ni año, aunque

(5) AGS, CMdeC, 2, 962, 35-1-6.



es de 1571. El escudo de oro valía 340 maravedíes (mrs.) –3 escudos eran 1.020 mrs.–

El «sueldo base», que diríamos hoy, era para un soldado de infantería de 3 reales al mes. El real de plata valía 34 mrs. (3 reales eran 102 mrs.) El pago anterior sería la base de diez meses.

Al año siguiente (1572), y este es otro documento que se conserva de él como soldado, más explícito que el anterior, y buena muestra del farrago administrativo, se le abonan.

«A Miguel de Cervantes, soldado de la com-/ pañía de don Manuel Ponce del tercio de in-/ fantería española de don Lope de Figueroa diez escudos/ del dicho valor que los hubo de haber a buena/

cuenta del sueldo que se/ le debía del tiempo que/ había servido en la/ dicha compañía por/ otra libranza del dicho señor don Juan fecha/ en el dicho día diez y siete de noviembre del dicho año de/ dlxxii tomada la razón por el dicho veedor/ general con fe suya de la paga y que de los dichos escudos quedó hecho cargo y asiento en los/ dichos libros por el dicho contador y carta de pago/ del dicho soldado Miguel de Cervantes» (6).

Como este tercer documento que presento, otro pago de 1573:

«A Miguel de Cervantes, soldado en la Compañía de infantería española del Capitán Don Manuel Ponce del Tercio de Don Lope de Figueroa a veinte escudos de a diez reales castellanos cada escudo los cuales se le libraron a buena cuenta de lo que se le debía y hubiese de haber de tres escudos de ventaja que tenía en la dicha compañía de más de su paga ordinaria para que con ellos fuese a buscarla como pareció por otra libranza del dicho señor Don Juan fecha en la dicha Nápoles a 9 [IX] del dicho mes de marzo del dicho año de 1573 [dlxxiii]» (7).

La relación de pagos incompletos en los registros que se conservan, y por ende casi indescifrable, es muy larga. Además, algo frustrante: una cosa es el sueldo base del soldado (la «paga ordinaria») y otra los extras (o «ventaja») que se recibían (por «libranza») por varios conceptos. Comoquiera que lo que aparece en estos listados es tan solo lo percibido, no hay manera de saber qué es la base y cuáles los complementos. No obstante, querría destacar algún documento más.

(6) AGS, CMdeC, 2, 962, 36-1-3.

(7) *Ibidem*, 40-23-1.

Por ejemplo, en una «Relación de las personas a quienes por órdenes de Su Alteza [don Juan de Austria] se han dado ayudas de costa» desde el 13-XI-1571 hasta el 15-III-1572 (Palermo, 16-III-1572), aparecen 235 personas en una larga lista solo nominal (salvo un par de contadas excepciones) que habían percibido más de 5M de maravedíes en abonos que iban desde los 200 ducados de oro (75.000 mrs.) a los dos ducados. Miguel de Cervantes aparece en el folio 5 vuelto como perceptor de 20 ducados de oro (7.500 mrs.) No es un personaje destacado ni destacable en esa larga relación de héroes, pero sí en general porque en esa relación –que se amplía más adelante– se sintetiza al final que «monta todo lo que así se ha dado a las susodichas cuatrocientas y nueve personas de ayuda de costa por haber servido señalada y particularmente el día de la batalla que se dio a la armada del turco a los siete de octubre de 1571 con la Santa Liga que salieron heridos y muchos de ellos mancos ...», etc.

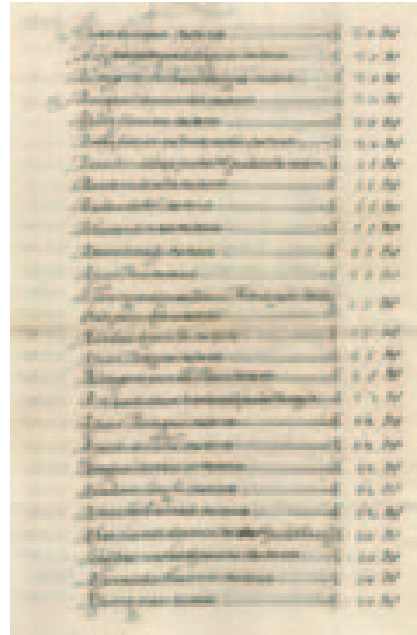


Y una vez hecha esta relación se incluye otra, en una buena confusión de registros administrativos: «A trece personas de las que se alzaron con una galera turquesca y se vinieron desde la Caramania con ella hasta Mesina ...»; y luego otra vez otra relación de individuos y más ayudas de costa, en donde la última anotación pone que «A Miguel Cervantes, veinte y dos escudos» (748 mrs.)

En conclusión: a 16-III-1572 se hizo un largo listado de beneficiarios de ayudas de costa para 409 personas que sirvieron destacadamente en Lepanto y que casi todas, o todas, estaban heridas o mancas. En esa relación se insertaba a 13 héroes que se habían alzado con una galera turca en el Mediterráneo oriental y la habían llevado a Mesina.

En medio de tanta tralla de gente, aparecían un «Miguel de Cervantes» y un «Miguel Cervantes». A aquel se le daban 20 ducados (7.500 mrs.); a este, 22 escudos (748 mrs.). En Mesina y en Palermo, hacia el 16 de marzo de 1572 hubo simultáneamente dos Miguel [de] Cervantes. En la historia de España no ha habido solo un Miguel de Cervantes. Incluso aquel camorrista podría ser un tercero. No nos extrañe, por cuanto el antropónimo «Cervantes» estaba muy extendido y también el topónimo homónimo.

Como anécdota he de decir que al margen de la anotación de «Miguel Cervantes» alguien escribió en el siglo XIX un «ojo». Nunca he visto que se



llame la atención sobre esto, porque probablemente al hagiográfico cervantisimo, amén de no conocer el documento, no le cabía manera de explicar tanto «Cervantes». De hecho, en la portadilla del documento, quien fuere había anotado «El último es Miguel de Cervantes» y, no, el último no era Miguel de Cervantes, sino solo (¿?) Miguel Cervantes (8).

En cualquier caso, en Simancas se conservan 89 «Documentos cervantinos» separados. Los que hacen referencia al soldado Miguel de Cervantes son solo y exclusivamente estos (9-VII-2020):

«1572, junio, 30. S.I.

Partida en la data del pagador Juan Morales de Torres de tres escudos a Miguel de Cervantes, de la compañía del capitán don Manuel Ponce de León del Tercio de don Lope de Figueroa, como sueldo y paga de un mes *a buena cuenta de su sueldo que se le debía*».

Papel. 4 h. fol.

Archivo General de Simancas, CMC-2EP, N 962.

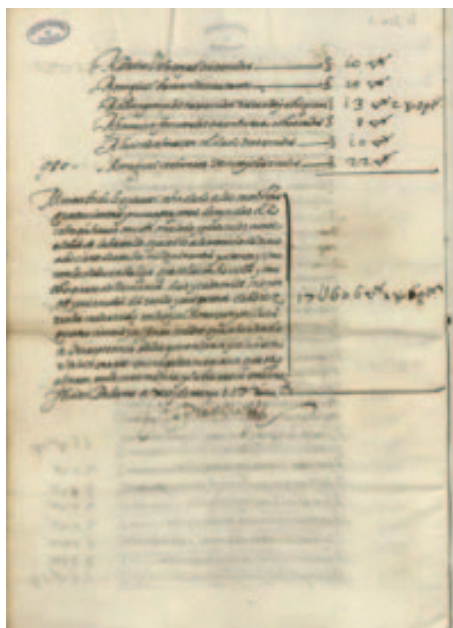
(8) AGS, Estado, 1138-78.

«1572, noviembre, 17, s.l.

Partida en la data del pagador Juan Morales de Torres de diez escudos a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce [de León] del Tercio de Infantería Española de don Lope de Figueroa, a buena cuenta del sueldo que se le debía».

Papel, 2 h. fol.

Archivo General de Simancas, CMC-2EP, N 962.



«1573, febrero, 14. [¿Nápoles?]

Partida de diez escudos a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce [de León], del Tercio de Infantería Española del mestre de campo don Lope de Figueroa, a buena cuenta del sueldo que se le debía».

Papel, 2 h. fol.

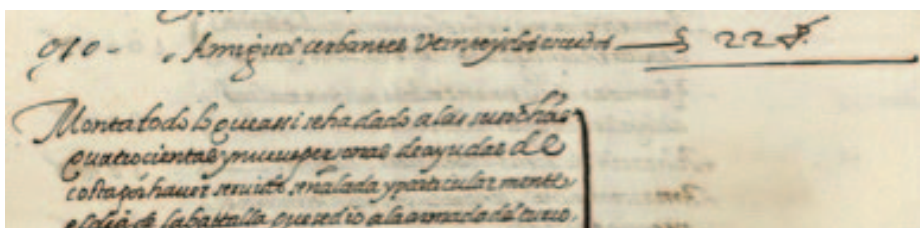
Archivo General de Simancas, CMC-2EP, N 962.

«1573, marzo, 9. Nápoles

Partida en cuenta de Juan Morales de Torres de veinte escudos a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de Infantería Española del capitán don Manuel Ponce [de León] del Tercio de don Lope de Figueroa, a buena cuenta de lo que se le debía y hubiese de haber de tres escudos de ventaja que tenía en la dicha compañía, de más de su paga ordinaria, para que con ellos fuese a buscarla».

Papel, 2 h. fol.

Archivo General de Simancas, CMC-2EP, N 962.



«1574, noviembre, 15. Palermo

Partida en cuenta del pagador Juan Morales de Torres de veinticinco escudos a Miguel de Cervantes, soldado aventajado que fue de la compañía de don Manuel Ponce de León, una de las dos del Tercio del maestre de campo don Lope de Figueroa *que con orden del Señor don Juan el año de 1573 se incluyeron en el Reino de Sicilia [...] A buena cuenta de lo que se le debía de su sueldo y ventaja del tiempo que sirvió en ella*».

Papel, 2 h. fol.

Archivo General de Simancas, CMC-2EP, N 962.

Después se disolvieron algunos tercios y se mandó de vuelta a España a los tullidos y estropeados y a los que quisieron licenciarse en primera instancia.

Otros datos nuevos sobre Cervantes en los tercios o sobre el tercio de Cervantes

Según los datos de que disponemos, Cervantes estaba en 1572 en el tercio de don Lope de Figueroa. Según Carlos Beloso (9), Lope de Figueroa era capitán de una compañía de infantería en Sicilia y en julio –también como capitán, esta vez a las órdenes del maestre de campo Gonzalo de Bracamonte– fue al socorro de Malta. En 1567 fue como capitán de una compañía del tercio de Sicilia del maestre Julián Romero, en el ejército de Alba, a Flandes. A la altura de 1570 Lope de Figueroa aspiraba a ser maestre de campo del tercio de Sicilia o del de Lombardía. No lo logró. Sin embargo, sí que fue nombrado maestre de campo de un tercio extraordinario y temporal creado para la guerra de Granada, y era el «Tercio de Granada». Recuérdese que las tropas mandadas a Granada desde Italia iban a las órdenes de don Juan de Austria. Al mando de don Juan siguió prestando servicios en 1571 en Lepanto (fue mandado a España por don Juan en noviembre y volvió a Italia en la primavera de 1572, según expongo más adelante), en 1572 en Navarino y Modón, en 1573 en Túnez y La Goleta. Según Beloso, al perderse Túnez en 1574 se acabó la vinculación de Lope de Figueroa con don Juan. El tercio extraordinario y temporal de Lope de Figueroa estuvo hasta 1577 en Sicilia. Aunque se había pensado de diversas maneras en su reforma, finalmente lo que se hizo con tanto soldado veterano y bien avezado en la guerra fue reagrupar sus merdados efectivos entre los tercios de Flandes, y diez compañías pasaron al tercio permanente y fijo de Sicilia.

(9) BELOSO MARTÍN, Carlos: «Miguel de Cervantes, soldado de infantería española», *Revista de Historia Militar*, núm. extraordinario 1 de 2015, *IV Centenario de la publicación de la 2.ª parte de El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, 139-154.

La excepcionalidad del tercio de Lope de Figueroa, como señala Belloso, está en su dinamismo: está entrenado para embarcar y combatir en el mar, así como para servir en tierra. A mi modo de ver podríamos considerarlo un excelente tercio anfibio o mixto, y esencialmente móvil, frente a los tercios «afincados», por decirlo así, en territorios concretos.

La excepcionalidad también la anota Belloso con otros datos: en la documentación se habla del «Tercio de don Lope de Figueroa» –como hemos podido constatar también; incluso «A Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce del tercio de in-/ fantería española de don Lope de Figueroa ...»– y nunca de «Tercio de la Armada» (reafirma Belloso); cuando se embarcan los soldados en las galeras para ir a Lepanto, se apuntan los soldados embarcados, pero se hace un registro especial para los 2.259 soldados del tercio de don Lope de Figueroa (AGS, Estado, leg. 1134, doc. 16, citado por Belloso).

Así es que Cervantes estuvo adscrito a este tercio, en tanto en cuanto formó parte de la compañía de Manuel Ponce de León. A las órdenes de Ponce de León (tercio)-Lope de Figueroa (compañía) estuvo en Navarino, Modón, Túnez y La Goleta y Malta. En el invierno de 1573-1574 hizo la invernada en tierra firme, en Sicilia. Entonces, la compañía de Ponce de León fue sacada del tercio de Lope de Figueroa e incorporada al tercio de Sicilia, cuyos efectivos estaban muy mermados, razón por la cual el virrey Terranova solicitó a don Juan un refuerzo de sus soldados, como así se hizo.

Pasado el invierno, los turcos y berberiscos montaron el ataque a Túnez y La Goleta, que en cierto modo cogió por sorpresa a don Juan, quien no llegó a tiempo al socorro tras haber reunido todas las compañías que pudo, entre ellas la de Ponce de León, en la que iba Cervantes. Al regresar a Sicilia, se puso a las órdenes del lugarteniente de don Juan, el duque de Sessa.

Nuevos reajustes militares, la peste y las razones personales e individuales que fueran, pero ninguna de ellas constatada documentalmente, terminaron en el viaje de vuelta desde Nápoles en septiembre de 1575. Es cierto que se ha especulado con la posibilidad de que, ante la falta de ascensos, el frustrado Cervantes regresara (Astrana II, cap. XXV). Es posible que eso sea cierto. Pero Astrana no manejó otras hipótesis contrastadas documentalmente: en agosto de 1575 había picado la peste en Sicilia (10); los costes del mantenimiento del ejército ya eran insostenibles.

A todo lo anterior me gustaría añadir que se deduce que, cualitativamente, la batalla tuvo una importancia monumental en aquellos hombres; que Cervantes no fue soldado solo en Lepanto, y que su adscripción vital a Lope de Figueroa es más profunda de lo que puede imaginarse por tan solo unos apuntes económicos.

Y con respecto a la organización y reorganización militar de todos esos ejércitos de tierra y mar, de los papeles jugados por don Juan, Santa Cruz o

(10) He visto muchas referencias a la situación en AGS, Estado, Sicilia, 1144.

Granvela, de la existencia de Lope de Figueroa y su tercio y de Ponce de León y su compañía, recuerdo algunos datos más que alumbré hace unos años (11):

1) Lope de Figueroa fue mandado a España, aprovechando el invierno, y llevó la noticia de la victoria de Lepanto a Felipe II. Estuvo en la Corte entre noviembre de 1571 y la primavera de 1572, según las cartas que manda el embajador imperial a su señor. Esta es la narración que de ello hace el embajador imperial, Ruiz de Azagra (sí, era español), a Maximiliano II. Está en el Archivo Imperial de Viena. Los datos personales sobre Lope de Figueroa son fantásticos. También las reticencias de Maximiliano II a romper sus pactos con la Gran Puerta, así como su convicción de que la victoria no ha servido para nada:

«Después, a los 22 acabó de llegar don Lope de Figueroa con la misma nueva, al qual había despachado con ella al principio el señor don Juan de Austria, sino que se detuvo en la mar onze días por el mal tiempo y después corriendo de posta cayó con un caballo y se desconcertó un brazo y removió el humor y cura de una pierna, en que le dieron un arcabuzazo en la Guerra de Granada. Pasó derecho al Escorial, donde se detuvo tres días dando larga relación al rey a los del Consejo de Estado y al fin, con este caballero se ha acabado de entender muy particularmente cómo pasó desde el principio hasta la fin de esta victoria.

Paréceles a todos tan grande y señalada [la victoria] que no solamente la gente común y vulgar, más aún la de más entendimiento y plática de las cosas del mundo, juzga que por ella se han de mover los más príncipes cristianos a entrar en la Liga en compañía de Su Santidad y del rey y de los venecianos y particularmente se habla de Vuestra Majestad [el Emperador] pareciéndoles que a ninguno ha venido con más provecho esta victoria, tanto que un ministro principal del rey me ha preguntado muy de veras si con esta ocasión V.M. se resolvería dende luego en romper con el Turco y entrar en la dicha Liga en compañía. Yo le respondí que aunque esta victoria hubiese sido de las más señaladas de mar en muchos centenares de años, pero que no habiendo sido de más que de galeras y de muerte y prisión de algún número de gente del Turco, que no por esto quedaban sus fuerzas tan quebrantadas que dentro de un año no se pudiese rehacer sino para ofender a lo menos para defenderse, mayormente no habiéndosele ganado un solo palmo de tierra que quedase por los nuestros, ni proseguido la victoria adelante después de aquel conflicto, sino retirado nos a Sicilia con nuestra armada y con esto dado tiempo al enemigo para que en todo este invierno guarnezca todas sus fuerzas de manera que aunque la primavera que viene sean acometidas por la armada de la Liga, hagan menos efecto del que nos persuadimos. Y que juntamente con esto, multa cadunt inter calicem supremas, pues podría morir el Papa o nacer otra desgracia de las que suele traer el mundo praeter spem, por donde la Liga se deshiziese del todo o a lo menos no tuviese aquella fuerza que sería menester. Y así que yo tengo por cosa muy dudosa que por todo lo dicho entrase V.M. por ahora en la Liga, sino que se conservaría con las treguas que tenía hechas con el Turco por los

(11) ALVAR EZQUERRA, Alfredo: «Cervantes contra moros y turcos y su vuelta a casa», ob. cit., pp. 49-79.

ocho años. Y pienso que no he respondido sino lo que buenamente se puede juzgar del estado presente de las cosas de V.M. y de todos (12)

La merced que se hizo a don Lope de Figueroa, el que vino con la nueva de la victoria, es de mil ducados de ayuda de costa, quinientos de pensión en Nápoles por su vida y el hábito de Santiago» (13).

2) El tercio de Lope de Figueroa se embarcó en las galeras de Álvaro de Bazán para las campañas de 1572. En ese tercio iba Cervantes, y estuvo presente en la batalla de Corfú. Él lo declaró en el Memorial de 1590 en el que pedía un oficio en Indias. Pero de todo ello se habla en *Quijote* I-XXXIX.

3) Luego, entre noviembre y diciembre de 1572, la flota de don Juan empezó la invernada, ora en Sicilia, ora en Nápoles. Cervantes estaba en (¿invierno-primavera?) de 1572-1573 en Nápoles, según consta por los pagos a los soldados (14).

4) En esa primavera de 1573 se discutía en Italia, entre don Juan de Austria y don Álvaro de Bazán, qué hacer: si preparar un asalto a Argel o a Túnez. Muley Hamida acababa de destronar a su hermano Muley Hamet, vasallo de Felipe II. La ocasión la pintaban calva. Si Carlos V había actuado allí era porque Barbarroja había usurpado el trono del padre del ahora destronado... Felipe II cedió a las aspiraciones de don Juan y aceptó la reconquista de Túnez. Aunque don Juan aspiraba a ser rey católico del territorio, las órdenes eran otras: conquistar la plaza, reponer al rey y derrocar todas las fortalezas de la zona para evitar que fueran un nido de corsarios. Entre otras cosas también parecía que, rescatado el rey de Túnez derrocado y sus hijos, aquel se podría exiliar en Capua. Además, quería hacerse cristiano. Algunos no se lo creían: «es de ver, no sea querer con esta color escaparse»; el rey, sin embargo, «parece que queriéndolo él no se le puede estorbar ni detener» (15).

5) En el verano-otoño de 1573 se preparó otra escuadra, otra operación. Don Juan se desplazó de Nápoles a Mesina, en donde se reunió con Santa Cruz, y de allí fueron en cabotaje hasta Mazzara, cerca de Trápani. Entre aquellas más de cien galeras iban los soldados de Lope de Figueroa y, entre ellos, Cervantes. A principios de octubre de 1573 llegaron a las costas de África. Tras el desembarco, fue un paseo militar y se repuso al rey Muley Hamet. También se ocupó Bizerta.

6) En Bizerta se dejó por gobernador al moro Horrus y por alcaide del castillo a don Juan de Ávila, con 300 soldados. En Túnez quedó como gobernador y capitán general Gabrio Cerbellón; como castellano de La Goleta, Andrés de Salazar, y como mando de los italianos, Pagán Doria. Don Juan de

(12) De Ruiz de Azagra al Emperador, Madrid, 26 de noviembre de 1571. Hof, Haus und Staats Archiv, Spanien, Diplomatische Korrespondenz, 7/32.

(13) De Ruiz de Azagra al Emperador, Madrid, 15 de febrero de 1572. Hof, Haus und Staats Archiv, Spanien, Diplomatische Korrespondenz, 7/32.

(14) Sin fecha, pero 1572/1573. Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas, 2.^a época, leg. 962, exp. 36-1-3.

(15) AGS, Estado, 1065, 136. El rey a Granvela, 28 de agosto de 1574.

Zagonera fue nombrado responsable del fuerte del Estaño, y don Pedro Puerocarrero, general de La Goleta. Se cuenta que entre Túnez y La Goleta se acuartelaron 8.000 soldados. Cervantes estuvo allí: «¿Dios sabe si quisiera allí quedarme/ con los que allí quedaron esforzados,/ y perderme con ellos o ganarme ...» (Epístola a Mateo Vázquez, si es que fue escrita por Cervantes). De todos estos personajes Cervantes escribe en *Quijote* I-XXXI y siguientes. ¡Claro que los conocía!

7) A mediados de noviembre de 1573, don Juan estaba de vuelta en Nápoles. En el reino de Nápoles en 1573, según el veedor, sirvieron, armadas durante todo el año, 34 galeras, aunque sirvieron en total treinta y nueve. (Incluidas las cinco que no sirvieron todo el año por construcción, compra o destrucción a lo largo del año.) El presupuesto global para mantenimiento de esa flota era de poco más de 226.640 ducados. Además acababan de armarse 15 galeras nuevas en Nápoles por 76.401 ducados (16). El gasto parecía enorme, por lo que, entre otras cosas, ya había recomendado don Álvaro de Bazán que «si se comprasen las cosas necesarias para estas galeras con prevención, costarían menos y serían mejores» (17).

8) Fueron tiempos en los que llovieron los memoriales y los informes: Santa Cruz planteaba una suerte de revolución en las galeras que consistía en que, para paliar la falta de hombres, las galeras se nutrieran por milicia, entregándolas a caballeros del reino que se encargaran, con ayudas del rey, de su mantenimiento (18). El rey quería cincuenta galeras nuevas. Se echaron cuentas de lo que costaba armar y mantener una galera, se pensó en cómo reclutar a los soldados de a bordo... Se discutió de todo: «Monta el gasto que haze una galera en Italia con çiento y sessenta y quatro remeros y çinquenta hombres de cabo, en un año» 5.412 ducados. Ahora bien, teniendo en cuenta que en la internada no quedan más de una veintena de personas en cada barco, se reducía el coste promediado a 4.812 ducados (19).

9) La *Marquesa* era una galera construida en 1570. Se sabe que a 13 de julio de 1568 había 12 galeras armadas, a las que poco a poco se iban añadiendo unas o dando de baja (temporal o definitiva) otras: «Los çinco de abril del año siguiente de settenta que se armó y se varó la galera nueva *Marquesa*». En cualquier caso, a 1 de septiembre de 1571 había 30 galeras a satisfacción del rey, entre ellas la *Marquesa* (20).

10) Cervantes vivió aquellos años como tantos otros, como tantos más: el refuerzo de las costas atrajo a decenas de aspirantes a ocupar los puestos de alcaides de esas fortificaciones (21). Uno de los aspirantes, aunque no tenga nada que ver con Cervantes, sí que se le parece en el *cursus honorum*: «César

(16) Informe del veedor Murillo, AGS, Estado. Italia, leg. 1065/17, s.l, s.f.; Estado. Italia, leg. 1065/18. Desde Nápoles, 13 de junio de 1573.

(17) AGS, Estado. Italia, leg. 1065/19. Desde Nápoles, 22 de junio de 1573.

(18) *Ibidem*, 1065/20. S.l., s.f., pero 1573.

(19) *Ib.*, 1065/26

(20) Las cuentas son complejas, desde luego. *Ib.*, 1065/30.

(21) *Ib.*, 1065/34 a 74.

Caputo dize que ha seruido de auenturero en las jornadas de Chipre, en la batalla que se dio ala armada del Turco, en la de Navarino y Túnez, en las quales ha gastado lo mejor de su facultad y porque dessea seguir el servicio de Su Majestad como lo han hecho siempre los suyos, suplica se le dé un entretenimiento en las galeras de Nápoles conforme a la qualidad de su persona, como a hijodalgo que lo es. Presenta una fe de sus servicios del Marqués de Santa Cru» (22). ¿Por qué Cervantes no presenta aún ninguna petición de este tipo?; ¿o es que no las conocemos?

11) Mantener tantos ejércitos era tan caro que no se podía satisfacer plenamente. Así es que don Álvaro de Bazán decía al rey que «a lo del entretener las quince galeras que se arman para en cumplimiento de las cinquenta yo he hablado al cardenal [Granvela] advirtiéndole de lo que me parece que sería despedir la caballería acrescentada, pues estando Vuestra Majestad con tanta armada, parece se podría escusar ...» (23); por cierto, el cardenal estaba en contra de ello. Las quince primeras galeras se hicieron y se armaron; las demás eran las de la discordia.

12) Había que ir pensando en licenciar gente, toda vez que había suficientes experimentados, aunque insuficientes en masa. En cualquier caso, don Álvaro de Bazán insinuaba al rey que se reclutaran hombres en las tierras de Nápoles para servir en las galeras, «mas no por esto sería yo de opinión que Vuestra Majestad desarmase galeras pues las tiene ya armadas y bien en orden». Es evidente que rondaba la idea de deshacerse de una parte del ejército de Italia.

13) La idea de desarmar el ejército de Italia provenía, precisamente, de Granvela: «Cuanto a lo que me manda Vuestra Majestad de atender al crecimiento del número de galeras –por lo que otras vezes he escrito– habrá podido ver Vuestra Majestad que es tratar de lo imposible y quedo en mi opinión que es gasto infinito y buena parte de él perdido, que querer hazer tantas galeras no se pudiendo con ellas ygualar a las que el turco arma» servirá para que el turco arme más y, por lo demás, armar más y más solo sirve para tenerlas todas incompletas: «salen tarde y algunas no tan bien armadas como convenía», tal y como había enseñado la experiencia el año anterior.

14) Granvela insinuaba que en las galeras se cargaban mercancías de particulares y, en fin, que era mejor tener pocas bien dispuestas que muchas mal, o «haber tanto número por la apariencia». Argumentos de estos lo que hacían era enfrentarse con Santa Cruz. Granvela lo deja claro, sin citar a nadie: «Dexaré el discurrir dello, mas particularmente a los que son más pláticos de la marina y que han hecho esta profesión», aunque volvía a ello: «Se havían de tener muchos buques y los armamentos necesarios para que un año que se descuydasse el turco, no se pueda hazer esfuerço para alguna empresa, que cumpliese al servicio de Vuestra Majestad sin tener de continuo este gasto

(22) Ib., 1065/97.

(23) Desde Mesina, 14 de agosto de 1573. Ib., 1065/21.

pues yo lo tengo en el número de las continuas calenturas que matan el doliente» (24).

15) La presencia en el Mediterráneo no era discutida. Sí el cómo estar o el hasta dónde llegar. Parece evidente que había dos visiones: la de Santa Cruz y la de Granvela. Don Juan se apoyaba en ambos, con tal de conseguir su legítima gloria y fama. Pero don Juan era, sobre todo, hombre de batallas y seducción, en el mar, en la cama y con las oligarquías territoriales.

16) A la par que se escribía todo lo anterior, en aquel otoño de 1573, el tercio de don Lope de Figueroa inverna en Cerdeña. Cervantes pasó aquí alrededor de seis meses. En *El trato de Argel* escribió:

*Has de saber, ¡oh Silvia!, que estos días
partieron deste puerto con buen tiempo
doce bajeles, de cosarios todos,
y con próspero viento caminaron
la vuelta de las islas de Cerdeña; 1215
y allí, en las calas, vueltas y revueltas,
y puntas que la mar hace y la tierra,
se fueron a esconder, estando alerta
si algún bajel de Génova o de España,
o de otra nación, con que no fuese 1220
francesa, por el mar se descubría.*

17) En mayo de 1574 don Juan tiene que dirigirse a Génova. Entonces recoge al tercio de Lope de Figueroa en Cerdeña y Cervantes irá también a la ciudad de los banqueros (recuérdese *Licenciado Vidriera*)..., pero lo que realmente inquietaba era que, vuelto a abrir el tiempo de la guerra, el Turco intentaría recuperar Túnez. Como así sería. Nos lo narra Cervantes:

«Volvimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado a Túnez, y quitado aquel reino a los turcos y puesto en posesión dél a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban; y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan» (*Quijote* I-XXXIX).

Que Cervantes fue soldado de don Juan en múltiples sucesos es cosa tan evidente como clara. Pero uno de los temas que me atraen es el de seguir su

(24) Granvela al rey. Desde Nápoles a 10 de noviembre de 1574. *Ib.*, 1065/23.

rastró, campaña por campaña, cotejándolo con documentación de archivo. Veamos algún ejemplo.

18) El papel de Felipe II en todo esto fue directo y clarísimo. El 27 de octubre de 1574 hacía pública su determinación de que don Juan de Austria se trasladara a Berbería para vigilar in situ los trabajos de fortificación de Portofarin y Bizerta, «por ser lo que más importa a mi servicio en general y en particular a la conservación y seguridad de esos reynos [...] me he resuelto de ordenarle que él en persona vaya a Berbería y esté y asista allá y atienda a hazer y fortificar los dichos fuertes», y que no volviera a Europa hasta que hubieran terminado los trabajos. La empresa requeriría todos los apoyos posibles: «Haziendo en ello más de lo posible [...] que le proveáis de todo quanto os pidiere dese reino»; y es que en afianzar esas plazas, decía Felipe II, «no se trata ni va menos en ello que de la seguridad y defensa de todo, y es bien que escarmentemos de lo pasado». Estimaba el rey que se necesitarían de 6.000 a 7.000 gastadores, no hombres de guerra, que estos no suelen querer hacer esos trabajos. Los gastadores irían desde Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Igualmente exigía Felipe II la correcta provisión de la gente de guerra de la armada y, si faltara dinero, que se pidieran préstamos (25). La carta iba dirigida al duque de Terranova y al cardenal Granvela (26). Las cartas que se remitían las tenía que revisar el propio Felipe II, al cual se le prepararon borradores de lo que «ha de poner de su mano en las cartas del Cardenal de Granvela y Duque de Terranova» con largos textos: «Yo os ruego y encargo mucho que todo lo que aquí se os dize lo cumpláis como yo de vos confío [...] no aya escusa en el cumplimiento y provisión dellas ...». El rey revisó esas órdenes, y de su puño y letra escribe al margen «hasta la raya bastará» (27). También, unos meses antes, Felipe II había felicitado a Santa Cruz por algunas decisiones: «Hame parecido muy bien el hauer embiado a don Bernardino de Velasco a Túnez con veinte galeras a llevar las provisiones que se embían desse Reino para aquel fuerte y para el de La Goleta ...» (28). Eran tiempos de felices expectativas triunfales. También estaba el rey satisfecho con la idea de Santa Cruz de trasladar a todos los soldados del fuerte de Túnez a La Goleta (29), y a Granvela le felicitaba de las ayudas que desde Nápoles se mandaban a Túnez: «He holgado mucho de entender lo que de ese reino se ha proveído para el fuerte de Túnez y La Goleta [...] acabado este verano se mirará en lo que convendrá hacer hacer del dicho fuerte de Túnez y a su tiempo se os avisará de la resolución que se tomare». También le felicitaba por haber instado a don Juan que mandara a La Goleta 1.000 soldados de los de Cerdeña y algunos capitanes avezados con ellos para asistir a don Pedro Portocarrero (30).

(25) Sobre esto insiste en una carta de 9 de noviembre de 1574. Ib., 1065.

(26) Ib., 1065/144.

(27) Ib., 1065/145.

(28) Ib., 1065/165. Desde Madrid, 21 de julio de 1574.

(29) Ib., 1065/167. Desde Madrid, 28 de agosto de 1574.

(30) Ib., 1065/132.

19) El 20 de diciembre de 1574 el rey escribe de nuevo a Granvela: «Vista que ya por agora no ay que tratar de los fuertes de Bervería y que la persona del Ilustrísimo don Juan de Austria mi hermano está en Mesina», se paralizaba lo de las fortificaciones, «cesando ya por agora la ejecución de aquello», aunque se insistía en que se le diera toda la ayuda necesaria (31). Felipe II acababa de recibir la noticia de la pérdida de Túnez, «que lo he sentido quanto es razón». Hacía tiempo que el rey había mostrado cierta zozobra por la falta de informaciones: «Mucho deseo saber la llegada de mi hermano a Sicilia y el suceso que habrá tenido lo de la Goleta» (32). Ya tenía la respuesta, esa que nunca gusta escuchar: «La pérdida de la Goleta se ha sentido quanto es razón [...] de lo que toca al fuerte de Túnez estamos aguardando» las noticias de lo que «aurá sucedido», decía Felipe II a Santa Cruz (33).

20) En las órdenes a Granvela y Terranova añadía el rey lacónicas instrucciones que, desde luego, afectaban a Cervantes: «Los xii mil escudos que se deuen a la infantería española que estos años pasados han servido en la armada, será bien que se vayan pagando poco a poco como me escribís que lo pensábades hazer» (34).

21) Del mismo modo que se recibían noticias de la pérdida de Túnez, se recibían en el sentido de que el Turco se había retirado a invernar. Por ello, «ha parecido que ya no hay que tratar por agora de lo que estaba resuelto pues no se podría ya emprender ninguna fortificación habiéndose deshecho las fuerzas que estaban juntas y metido a invernar la armada y que así lo que adelante cerca desto hubiere de hacer se devrá yr mirando más despacio». La situación era clara: tras la pérdida de Túnez, se paralizaban las operaciones de envergadura en el Mediterráneo.

22) Eran tiempos de reorganización. Por tanto, que se hiciera todo lo posible para que Nápoles costeara sobradamente sus cincuenta galeras; que se adiestrara hasta primavera a la caballería ligera del reino, y que «el tercio de infantería española desse reino [el de Lope de Figueroa] se rehíncha muy cumplidamente al número de los quatro mil que suele hauer para lo qual y para lo demás que será menester para rehinchir los otros tercios y meter en otras partes gente extraordinaria se tendrá cuenta que se vayan desde luego haziendo las previsiones necesarias». Es decir: por orden directa de Felipe II, el tercio de Lope de Figueroa se usará para completar los otros tercios estables. Del mismo modo, se planeaba la fortificación de Nápoles y Sicilia. Para ello se le habían enseñado planos y noticias mandadas desde allá a Escipión Campi. Pero había que movilizar soldados. Así que se había decidido «levantar y juntar vn golpe de gente estraordinaria de hasta doze mil hombres que estén de respeto y sobresalientes para socorrer y acudir con ellos a donde

(31) Ib., 1065/150. Desde Madrid, 20 de diciembre de 1574. El mismo día se informaba a Granvela de que se estaba construyendo en España toda la artillería posible.

(32) Ib., 1065/168. A Santa Cruz. Desde Madrid, 6 de octubre de 1574.

(33) Ib., 1065/70. Desde Madrid, 27 de octubre de 1574.

(34) ib., 1065/152. Desde Madrid a 20 de diciembre de 1574.

conviniere y que sean estos tres mil españoles extraordinarios, tres mil italianos y seys mil alemanes». Cervantes el manco desde luego no podía figurar entre esos 3.000 extraordinarios. Sobraba, y eso que al año siguiente se debía juntar toda la armada de don Juan en Mesina (35).

23) Pero la guerra había pasado de ser defensiva en el norte de África a defensiva en Italia (36). No eran tiempos de alegrías: «viendo la necesidad grande acá y las dificultades con que se provee el dinero para tantas partes ...», se ha pensado en pedir una ayuda a Nápoles y a Sicilia, porque la mayor parte del gasto se iba en sus defensas (37).

24) En estos momentos las deudas eran inmensas y un quebradero de cabeza para todos. En esa montaña de deudas se computaba lo que se debía a Cervantes: «A las veinte compañías de la infantería española del tercio del maestre de campo don Lope de Figueroa que está en Sicilia, en que habrá dos mil y trescientos soldados poco más o menos, se les deberán hasta fin de agosto treinta y cinco mil escudos por cuatro meses que se les deben desde primero de mayo», cuando se les pagaron otros atrasos de diciembre de 1574.

25) Es evidente, por tanto, que la irregularidad de las pagas, así como las incertidumbres cara al futuro, animaron a los hermanos Cervantes a abandonar el ejército de Italia. En ese momento, en ese ejército había infantería española, italiana y alemana (con esos soldados trabaaría contacto Cervantes, sin duda: era la coronelía de Jerónimo Lodrón); y había caballería ligera y se computaba un hospital militar y artillería, y espías, correos y gastos secretos. De entre las partidas de ese ejército había un aparatado especial para socorro de la gente de «Túnez y La Goleta» y un largo apartado de «Diversas deudas y gastos». El papel de los espías era incesante y necesario. La misión de Cervantes a Orán es buena prueba de ello. En Simancas se conservan muchos informes de espías (38).

26) El mismo contador informaba de lo que cada mes venía costando la armada de Italia con sus 39 galeras. El tercio de Lope de Figueroa, 12.500 escudos al mes (cada escudo de oro, unos 3,38 gramos), o sea, algo más de 42.000 gramos de oro (39). (El gramo de oro, a primeros de julio de 2020, está a 50 euros aproximadamente.) El tercio de Lope de Figueroa costaba algo más de dos millones de euros al mes.

27) Y, como todas estas cuentas no se hacían de la noche al día, podemos intuir que, desde luego, las angustias venían de tiempo atrás y que la victoria de Lepanto significaría un balón de ánimo, un gasto hecho neces-

(35) Ib., 1065/153.

(36) Comparto las ideas de Giuseppe Mele en «La Difesa dal Turco nel Mediterraneo Occidentale», en ANATRA, B., y MURGIA, G.: *Sardegna, Spagna e Mediterraneo*, Cagliari, 2004, pp. 143-163, así como en «La difesa del Regno di Sardegna nella seconda metà del Cinquecento», en ANATRA, B., y MANCONI, F.: *Sardegna, Spagna e Stati italiani nell'età di Filippo II*, Cagliari, 1998 y, por supuesto, de MELE, G.: *Torri e cannoni*, Cagliari, 2000.

(37) AGS, Estado, Italia, 1065/155. También 20 de diciembre.

(38) Tengo a la vista fotocopias de AGS, Estado, 1144.

(39) AGS, Estado, 1071, 3. En la misma fecha, 29 de agosto de 1575.

rio y justificable. Si se hubiera perdido la armada católica en aquella campaña...

28) El tercio de Lope de Figueroa, después de la marcha de los Cervantes. Esto de licenciarse o alistarse no era infrecuente. Por ejemplo, el tercio de Lope de Figueroa tenía 42 compañías. El 7 de junio de 1576 se les pasó revista. Había 5.647 soldados viejos, a los que habría que añadir 272 nuevos, o sea, 5.919 alistados. Los Cervantes se habían ido ya. El 17 de septiembre se les volvió a pasar revista; había menos soldados: 5.541, casi cuatrocientos habían abandonado las armas en poco más de tres meses (40). Tras la suspensión de pagos de 1575, vino el saco de Amberes y, entre otras decisiones, la reducción drástica de los soldados de Italia (41).

Miguel y Rodrigo se embarcaron en la *Sol*, y a eso del 26 septiembre de 1575 fueron apresados y llevados a Argel.

Otras fuentes para conocer al soldado Cervantes y sus recuerdos

A partir de este momento cesó la vida militar de Cervantes. Empezó la del cautivo.

Pero el caso es que de la vida militar de Cervantes sabemos más cosas, sabemos otros asuntos que no proceden de estas irregulares y tediosas listas de órdenes de pago, pagos efectivos o registros de pagos hechos.

¿De dónde procede lo que sabemos?

Este es un nuevo apartado de este texto: las pesquisas, las informaciones –y declaraciones– que se hacen sobre Cervantes a lo largo de su vida.

Por decirlo así, «gracias» al pleito por deudas de Gregorio Romano contra el padre de Miguel de Cervantes, allá por los años de 1552 y 1553, sabemos cómo era su hogar, más bien tristón y con muy pocos libros.

El 17 de marzo de 1578 (42), mientras Miguel aún está cautivo en Argel, su padre, Rodrigo, «presentó un pedimento e interrogatorio de preguntas» ante un alcalde de Casa y Corte en Madrid. No se sabe a ciencia cierta la causa de esta averiguación, ni el fin por el que se hizo, pero lo que sí conocemos son sus contenidos, que no vamos a discutir porque son simpáticos, tan cargados de mentiras piadosas y de inocentes medias verdades... Que a Rodrigo le interesara poder argüir que era hidalgo, pero paupérrimo, porque todo se lo había gastado en rescatar a su otro hijo Rodrigo, es más que posible. Así era él: sabía convertir los esfuerzos de su esposa por rescatar a los hijos –esfuerzos en los que brilla por su ausencia el padre–, sabía convertirlos, digo, en su acicate para la vida. Es él el que se ha arruinado; de ella no habla. Desde luego que los hijos no salieron al padre. De hecho, en no menos de tres ocasiones, la madre, mientras suplicaba de

(40) *Ibidem*. Desde Nápoles, 26 de noviembre de 1576.

(41) MELE, 2004, p. 157.

(42) AGI, Patronato, leg. 253, doc. 2, ff. 4r-13v.

puerta en puerta una ayuda para rescatar a los hijos, se declaró viuda. Aunque no lo estaba:

«Rodrigo de Cervantes, estante en esta Corte, digo: que a Miguel de Cervantes, mi hijo, que al presente está cautivo en Argel, y a mí como su padre, conviene averiguar y probar cómo el dicho Miguel de Cervantes, mi hijo, ha servido a Su Majestad de diez años a esta parte, hasta que habrá dos años que le cautivaron en la galera del *Sol* en que venía Carrillo de Quesada; y sirvió en todas las ocasiones que en el dicho tiempo se ofrecieron en Italia, y en La Goleta y Túnez, y en la Batalla Naval, en la cual salió herido de dos arcabuzazos, y estropeada la mano izquierda, de la cual no se puede servir en lo cual lo hizo como muy buen soldado, sirviendo a Su Majestad».

El interrogatorio que proponía Rodrigo de Cervantes estaba compuesto por seis preguntas. Las más interesantes son desde la tercera en adelante:

«III. Si saben etc. que el dicho Miguel de Cervantes, es de [f. 5r] edad de treinta años poco más o menos, y de diez años a esta parte ha servido como muy buen soldado a Su Majestad el Rey don Felipe nuestro señor, en las guerras que ha tenido en Italia, y La Goleta y en Túnez, y en la Batalla Naval que el señor don Juan de Austria tuvo con la Armada del Turco, donde salió herido de dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, que quedó estropeado de ella. Digan lo que saben.

IV. Si saben etc. que en la dicha Batalla Naval, se reconoció la Armada del Turco, estaba el dicho Miguel de Cervantes con calentura y unos amigos suyos le dijeron, que pues estaba tan malo que se metiese debajo de la cubierta de la galera, pues no estaba sano para pelear, y el dicho Miguel de Cervantes respondió que no hacía lo que debía metiéndose so cubierta, sino que mejor era morir como buen soldado en servicio de Dios y del Rey; y así peleó como valiente soldado en el lugar del esquife, como su capitán le mandó, y después de la batalla, sabido por el señor don Juan de Austria cuán bien le había servido, le acrecentó cuatro ducados más de su paga.

V. Si saben etc. que podrá haber dos años, poco más o menos, que viniendo de Italia a España en la galera del *Sol* en que venía Carrillo de Quesada, cautivaron turcos de Argel al dicho Miguel de Cervantes, a donde al presente está cautivo [f. 5v].

VI. Si saben etc. que el dicho Rodrigo de Cervantes es hombre hijodalgo y muy pobre que no tiene bienes ningunos, porque por haber rescatado a otro hijo que así mismo le cautivaron la misma hora que al dicho su hermano, quedó sin bienes algunos».

Cuando se hacía un interrogatorio de estos, el interesado podía presentar a los testigos que quería que declararan.

En esta ocasión, el primer testigo tenía unos treinta años y fue «Mateo de Santisteban, alférez de la compañía del capitán Alonso de Carlos, uno de los capitanes proveídos por Su Majestad en este año de setenta y ocho».

Voy a usar su declaración como modelo. Con solo oírle a él, ya podemos ir sabiendo cómo se ha ido escribiendo la participación de Cervantes en Lepanto y otros extremos. El primero que publicó este interrogatorio fue Fernández de Navarrete en 1819. A él se lo había hecho llegar Ceán Bermúdez.

El caso es que el alférez Mateo de Santiesteban declaró:

«III. A la tercera pregunta dijo que habrá ocho años poco más o menos, que este testigo vio y comenzó a conocer al dicho Miguel de Cervantes, que fue el día que el señor don Juan dio batalla a la Armada del Turco en la mar, a las bocas del Lepanto, y entonces podía ser de edad, el dicho Miguel de Cervantes, de hasta veintidós o veintitrés años, y ahora podrá tener treinta años o treinta y un años, poco más o menos; y que el dicho día de la batalla [f. 6v] que el dicho señor don Juan de Austria dio a la Armada turquesca, este día vio que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla y era soldado de la compañía del capitán Diego de Urbina en la galera *Marquesa* de Juan Andrea, en el cuerno de tierra; y que un año antes, había que el dicho Miguel de Cervantes servía en la dicha compañía, porque lo vio así mismo este testigo; en el cual dicho tiempo y batalla, vio este testigo que el dicho Miguel de Cervantes, de la dicha Batalla Naval, salió herido de dos arcabuzazos en el pecho y en una mano izquierda o derecha, de que quedó estropeado de la dicha mano; y este testigo vio que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla a Su Majestad como buen soldado, porque este testigo se halló presente así mismo por ser soldado de la misma compañía.

IV. A la cuarta pregunta del dicho interrogatorio dijo que sabe y es verdad que cuando se reconoció la Armada del Turco, en la dicha Batalla Naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y el dicho su capitán, y este testigo y otros muchos amigos suyos le dijeron que pues estaba enfermo y con calentura, que se estuviese quedado abajo en la cámara de la galera, y el dicho Miguel de Cervantes respondió que qué dirían de él, y que no hacía lo que debía, y que más [f. 7r] quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta, y que su salud. Y así vio este testigo que peleó como valiente soldado con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquife, como su capitán lo mandó y le dio orden con otros soldados; y acabada la batalla, como el señor don Juan supo y entendió cuán bien lo había hecho y peleado el dicho Miguel de Cervantes, le acrecentó y le dio cuatro ducados más de su paga; y este testigo lo sabe por lo haber visto por vista de ojos y por haber sido soldado con el dicho Miguel de Cervantes en una capitana. Y esto responde a la pregunta.

V. A la quinta pregunta dijo que sabe que habrá dos años y medio o tres, poco más o menos, que estando este testigo en Nápoles, estaba el dicho Miguel de Cervantes en la dicha ciudad, que había de venir a España, y le preguntó que en qué galera había de venir, y le dijo que en la galera del *Sol* con Carrillo de Quesada, y así se partió de este testigo, diciendo se venía a España; y después, de allí a tres meses, supo y entendió este testigo de personas ciertas y verdaderas, que la dicha galera del *Sol* habían tomado turcos y habían cautivado al dicho Miguel de Cervantes con otros soldados y llevádoslos a Argel, a donde después ha entendido [f. 7v] por cosa muy cierta, que estaba cautivo en la dicha ciudad de Argel; y se lo

ha dicho Gabriel de Castañeda, soldado, y otros que han venido de Argel y que le vieron cautivo allá en Argel al dicho Miguel de Cervantes. Y esto responde a la pregunta; y así este testigo le tiene por hombre que al presente está cautivo, porque no ha oído decir se haya rescatado.

VI. A la sexta pregunta dijo que este testigo tiene al dicho Rodrigo de Cervantes por tal persona, como la pregunta lo dice, y que es muy pobre y no tiene bienes con que poder rescatar al dicho Miguel de Cervantes, su hijo, porque por haber rescatado a otro hijo que le cautivaron en la dicha armada quedó sin bienes algunos; porque así es público y notorio a este testigo, por los conocer como los conoce del tiempo acá que dicho tiene. Y esto es la verdad y lo que sabe para el juramento que hizo, y firmolo de su nombre. Mateo de Santisteban. Pasó ante mí, Francisco de Yepes».

Aunque las respuestas del tercer testigo no parecen tener mucho interés, el testigo sí lo tiene, porque era «Antonio Godínez de Monsalbe, natural y vecino de esta Villa, y sargento de don Juan de la Cárcel, capitán de infantería por Su Majestad», el cual estuvo cautivo en Argel antes de la llegada de Miguel y Rodrigo; con este regresó a Valencia en septiembre de 1577:

«Este testigo le vio traer cautivo, juntamente con otro hermano suyo que se dice Rodrigo de Cervantes. Y que habrá cinco meses, poco más o menos, que este testigo vino de Argel rescatado, porque así mismo estaba cautivo cuando el dicho Miguel de Cervantes y Rodrigo de Cervantes, su hermano, los trajeron a Argel cautivos los dichos turcos. Y este testigo le dejó al dicho Miguel de Cervantes cautivo de un turco [...] si no se ha librado de los cinco meses a esta parte que este testigo le dejó cautivo, está al presente cautivo en la dicha ciudad de Argel».

En fin: con las respuestas dadas por el cuarto testigo, el 4 de abril de 1578 se dio por concluida esa información de 1578.

Casi simultáneamente, el 25 de julio de 1578, el duque de Sessa expedía una nota del tenor siguiente, descubierta por Ceán y publicada por Navarrete:

«Por la presente certifico y declaro: que ha que le conozco, de algunos años a esta parte en servicio de Su Majestad, y por información que de ello tengo, sé y me consta que se halló, en la batalla y rota de la Armada del Turco, en la cual, peleando como buen soldado, perdió una mano; y después le vi servir en las demás jornadas que hubo en Levante, hasta tanto que por hallarse estropeado en servicio de Su Majestad, pidió licencia al señor don Juan para venirse en España a pedir se le hiciese merced; y yo entonces le di carta de recomendación para Su Majestad y ministros.

Y habiéndose embarcado en la galera del *Sol*, fue preso de turcos y llevado a Argel, donde al presente está esclavo, habiendo peleado antes que le cautivasen, muy bien y cumplido con lo que debía; y de manera que así por haber sido cautivado en servicio de Su Majestad, como por haber perdido una mano en el dicho servicio, merece que Su Majestad le haga toda merced y ayuda para su rescate; y porque las fes, cartas y recaudos que traía de sus servicios, los perdió todos el día que le hicieron esclavo.

Para que conste de ello di la presente, firmada de mi mano y sellada con el sello de mis armas y refrendada del secretario infrascrito.

Dada en Madrid a 25 de Julio de 1578. El Duque y Conde [rúbrica].

Aquel año de 1578 continuaba siendo angustioso para Leonor de Cortinas, la heroica madre de Cervantes. Su hijo Rodrigo ya estaba de vuelta, pero no así Miguel, al cual aún le quedarían dos años más antes de poder volver a España. En ese año consiguió una licencia de saca de cueros. Mas, en cualquier caso, lo que estaba pasando era que los Cervantes intentaban hacer acopio de documentos en los que se mostrara el *cursus honorum* de Miguel y su valor en las acciones de guerra en que participó.

Logrose el rescate de Miguel, que según consta por el acta de redención, fue en Argel el 19 de septiembre de 1580. El acta había sido descubierta en 1748.

Anecdóticamente podemos imaginar cómo era aquel Miguel de Cervantes recién rescatado:

«Mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera del *Sol*, yendo de Nápoles a España donde estuvo mucho tiempo en servicio de Su Majestad. Perdióse a veinte y seis de setiembre del año de mil y quinientos y setenta y cinco. Estaba en poder de Hazán Bajá, rey» (43).

Precisamente, mientras se terminaban los trámites del rescate y se embarcaba para volver a España, Cervantes pidió una nueva información, que no deja de despertar extrañezas. Fundamentalmente, ¿por qué o para qué la pidió? La «Información de Argel» se hizo entre el 10 y el 22 de octubre de 1580 (44):

«En la ciudad de Argel, que es tierra de moros en la Berbería a diez días del mes de octubre año de mil e quinientos y ochenta años, ante el ilustre y muy reverendo señor fray Juan Gil, redentor de España, de la Corona de Castilla, por Su Majestad, pareció presente Miguel de Cervantes [en el original: Cervantes, *passim*], esclavo que ha sido, que ahora está franco y rescatado, y presentó el escrito de pedimento siguiente, con cierto interrogatorio de preguntas, lo cual uno en pos de otra, es esto que se sigue:

“Ilustre y muy reverendo señor: Miguel de Cervantes, natural de la villa de Alcalá de Henares, en Castilla, y al presente estante en este Argel, rescatado para ir en libertad, dice que estando él ahora de camino para España desea y le importa hacer una información con testigos, así de su cautiverio, vida y costumbres, como de otras cosas tocantes a su persona, para presentarla, si fuere menester, en Consejo de Su Majestad, y requerir le haga merced; y porque en este Argel no hay persona alguna cristiana que tenga administración

(43) AHN, Códices, 118.

(44) AGI, Patronato, 253, R.1.

de justicia entre los cristianos, y haciendo vuestra paternidad, como hace en este Argel, la redención de cautivos por orden y mandato de Su Majestad, representa por tanto su persona, y por el mismo respecto también de Su Santidad el Sumo Pontífice ...”».

Los testigos, de nuevo presentados por Miguel de Cervantes, hubieron de responder a veinticinco preguntas que han resultado claves para conocer la vida del cautivo Miguel de Cervantes y para las más azarosas elucubraciones:

«A las veinte y una preguntas dijo que este testigo sabe y ha oído decir públicamente que el dicho Miguel de Cervantes en todo el tiempo que aquí ha estado cautivo, no se ha visto en el vicio notable o escándalo de su persona y costumbres, sino que ha vivido como dicho tiene, como honrado y virtuoso cristiano» (45).

Sin embargo, esta información nacía del interés de Cervantes de defenderse contra las más perversas insinuaciones y ataques que esperaba que haría contra él fray Juan Blanco de Paz, pero todo esto es harina de otro costal:

«A las veinte y tres preguntas dijo que este testigo sabe que el dicho Juan Blanco tomó algunas informaciones como comisario del Santo Oficio, que decía que era contra algunas personas con quien el susodicho no estaba bien, especialmente contra el dicho Miguel de Cervantes ...».

Imagínense que un comisario de la Inquisición insinuara calumnias contra un recién rescatado de Argel: naturalmente, no conseguiría nada a la vuelta a España.

Pero cerremos ya el cartapacio y metamos en él todos los papeles que traíamos. Cervantes fue rescatado cuando ya estaba en la galera para ir a Constantinopla. El buen fray Juan Gil lo trajo a España, y aquí comenzó una nueva fase de su vida, de las muchas que tuvo, algunas de ellas superpuestas. Aún faltaban cinco años para que se publicara *La Galatea*, y ni más ni menos que veinticinco para que se publicara la primera parte del *Quijote*.

Y fue precisamente en esta primera parte del *Quijote*, en su capítulo xxxviii, en el que incluye su famosísimo discurso de las armas y las letras, brillante alegato de la vida militar frente a la del estudiante. No tengo ganas de interrumpir al propio Cervantes. Una vez que ha contrapuesto a uno y a otro, afirma:

«Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquéllos se premian con darles oficios, que por fuer-

(45) Primer testigo, respuesta XXI. Adviértase que todas las respuestas van inducidas por las preguntas: «XX. Ítem: si saben o han oído decir que en todo el tiempo que el dicho Miguel de Cervantes ha estado aquí cautivo no se ha visto en él algún vicio notable o escándalo de su persona, sino que siempre ha dado en palabras y obras, muestras de persona [f. 18r] muy virtuosa, viviendo siempre como católico y fiel cristiano, y por tal es de todos y ha sido habido, tenido y comúnmente reputado, digan, etc.»

za se han de dar a los de su profesión, y a estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios; y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a estas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que, hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, o guarda, en algún revellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno; y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de

caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos».

Terminada la cena, levantada la mesa, todos se volvieron a acomodar para escuchar cómo el cautivo contaba su vida, y así siguió esta sublime obra de interpretación del alma humana. Y todo eso pasó en medio del *Quijote*, a los cincuenta y siete años de Cervantes. Sin duda que echó de menos la vida militar, aunque curiosamente no haya ninguna alusión al Flandes en el que Rodrigo se dejó la vida por el rey y la verdadera religión.

Ya concluyo.

En cualquier caso, gracias a la ayuda de Ceán Bermúdez en 1805, Navarrete primero, y sus lectores después, podían saber cuán heroica había sido la presencia de Cervantes en Lepanto y cuáles las circunstancias de su cautividad.

Gracias a Cervantes ¡qué valor tenía para él la vida militar recreada en tantas obras y en tantos gloriosos pasajes!

Pero he dejado que sea él, finalmente, el que nos diga quién fue. De pocos autores nos quedan tantos testimonios autobiográficos o autodescripciones. Mas, sin embargo, todo lo que sepamos de Cervantes es siempre insuficiente, y a lo que se sabe se le retuerce un poquito para sacarle algo más o un doble, e incluso séxtuple, sentido.

En fin, en 1590 pidió cuatro oficios en Indias y se le denegó la petición. Junto a esta incluso la carta de Sessa antes aludida y otros documentos mencionados en esta ocasión.

Pues bien, en esa solicitud de los cuatro oficios expone al Consejo de Indias sus servicios al rey. El documento no es de su puño y letra, pero sí de su dictado:

«Miguel de Cervantes Saavedra dice que ha servido a V.M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la Batalla Naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y el año siguiente fue a Navarino y después a la de Túnez y a La Goleta, y viniendo a esta corte con cartas del señor don Juan y del Duque de Sesa para que Vuestra Majestad le hiciese merced, fue cautivo en la galera del Sol él y un hermano suyo, que también ha servido a Vuestra Majestad en las mismas jornadas, y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos. Y después de libertados, fueron a servir a Vuestra Majestad en el Reino de Portugal, y a las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y ahora al presente están sirviendo y sirven a Vuestra Majestad el uno de ellos en Flandes de alférez, y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fue a Orán



por orden de Vuestra Majestad y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada, por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna».

Ese fue, a sus propios ojos y sintéticamente, Miguel de Cervantes. Siguió caracoleando por Andalucía al servicio del rey. Publicó la primera parte del *Quijote*... La vida corría.

Poco a poco, vamos, íbamos, fueron aprendiendo más del Cervantes humano, aquel que, a guisa de tierna despedida, apuntó péñola en mano que...

«Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la

boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño. Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria» (prólogo a las *Novelas ejemplares*, 1613).

Y con mucha más rabia, un par de años después, cuando responde al falso *Quijote de Avellaneda*, con toda su segunda parte del *Quijote*, en la que muere el protagonista para que no pudiera haber más falsas continuaciones. Y digo que, entonces, hace el último alegato de su vida, pues murió al año siguiente, recordando que es quien es, y fue quien hubo sido, porque fue soldado:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión

que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años».

